



JACLR

*Journal of Artistic
Creation & Literary
Research*

JACLR: Revista de Creación Artística e Investigación Literaria (Journal of Artistic Creation and Literary Research) es una publicación bianual de la Universidad Complutense Madrid, revisada por pares, en texto completo y acceso abierto. La revista, publicada y editada por estudiantes recién graduados, ofrece trabajos de investigación, tesinas de grado y de master, junto con contribuciones originales de creación artística. El objetivo es que los estudiantes se eduquen en el proceso de edición de una revista científica al tiempo que se integra innovación educativa y artística con el fin de promover los trabajos de creación de los estudiantes. Los autores cuyos trabajos se publican mantienen los derechos de autor sobre los mismos, de forma que estos pueden ser publicados en otros lugares.

Volumen 2 Número 2 (Diciembre 2014)

Laura de la Parra Fernández
"Cambio de altura"

Recommended Citation

De la Parra Fernández, Laura. "Cambio de altura." JACLR: Journal of Artistic Creation and Literary Research 2.2 (2014):
<<https://www.ucm.es/siim/journal-of-artistic-creation-and-literary-research>>
©Universidad Complutense de Madrid, Spain

Laura **DE LA PARRA FERNÁNDEZ**

Cambio de altura

Mi madre me recoge en el aeropuerto y me abraza. Llevo sin verla desde enero, pero ella me pregunta lo mismo de siempre: qué tal el viaje, tienes hambre, sabes tus notas ya. En el coche no me mira a los ojos, pero la veo limpiarse unas lágrimas cuando cree que no la estoy viendo. Inhalo, saturada por estas sensaciones conocidas y nuevas a la vez: el atardecer ardiendo, sin nubes, el olor a humo y contaminación, el ruido de un idioma que entiendo.

En nuestras últimas conferencias por Skype me dijo que las cosas no iban bien y que era posible que ella y mi padre se tomasen un tiempo. Yo estaba lejos. No podía hacer nada más que mirar fijamente a la pantalla y preguntar como una idiota si no podían arreglarlo. Vivía en otro mundo, a miles de kilómetros de ellos. Un mundo de fiestas y nuevas experiencias, y no era capaz de decidir si debería estar preocupada por ellos o estar preocupada por no estar preocupada. Principalmente me fastidiaba que estuviesen explotando mi pequeña burbuja, así que intenté atajar la conversación.

Separación. Divorcio. Me pregunté cómo sonaban al decirlos en voz alta.

En la autopista, mi madre toma una salida distinta a la habitual, y aunque al principio no lo reconozco, me doy cuenta de que estamos yendo a casa de mi abuela.

- ¿Cómo está la abuela? –pregunto.
- Deseando verte.

Asiento. Sigo esperando a que me lo cuente, aunque por otro lado me siento aliviada de que no parezca que lo vaya a hacer. Odio discutir en el coche. Es una cárcel con ruedas.

En vez de pasarnos tres cuartos de hora buscando sitio para aparcar y acabar dejándolo en doble fila, mi madre tiene una llave del garaje de la comunidad, a pesar de que vendimos el coche de mi abuelo mucho antes de que muriese. Saca mi maleta del maletero, 25 kilos de ropa retorcida y de mierda, el tipo de recuerdos que no puedes pedirle a nadie que valore si se los enseña: papeles arrugados, pajitas, posavasos sucios y servilletas con dibujos guarros y tacos en todos los idiomas europeos. A mi madre le cuesta sacar la maleta en volandas, así que pego un tirón del asa y maleta cae al suelo con un ruido sordo. Sé que le molesta que haga eso. Antes de que pueda decirme nada, arrastro la maleta al ascensor.

- Estás más gorda –dice mi abuela. Parece contenta de haberse dado cuenta.

Levanto una ceja y me encojo de hombros. La ropa de mi madre está en el armario del cuarto de invitados, pero no se ha traído más que lo básico.

- Dónde está papá –digo.
- Es un cumplido. Estabas demasiado delgada. ¿Ya te has echado novio? – mi abuela sigue hablando.
- Dónde está papá –miro fijamente a mamá.
- Ya no –mamá suspira,– ya no vivimos juntos.
- ¿Dónde está?
- En casa. Nosotras ahora vivimos aquí.
- ¿Nosotras?

Mamá asiente. Mi abuela se escabulle en la cocina.

- Por el momento.
- Así que nos han echado –digo.
- No exactamente. No podía permitirme comprarle su mitad de la casa. Me he quedado con el coche, y ahora estaré más cerca del trabajo.
- Así que nos han desahuciado –digo.
- No es tan sencillo. Todavía puedes irte a vivir con él, si lo prefieres. Ahora eres adulta, así que pensamos que te dejaríamos elegir.
- ¿Dónde están mis cosas?
- Están en casa de tu padre. Cuando le veas, puedes recogerlas.
- ¿Y ya está?

Mamá no contesta.

Mi abuela me dice que puedo ponerme lo que quiera de su armario, y que podemos ir a comprarme ropa nueva otro día, si me apetece. Le doy las gracias y un beso en la frente y me voy al dormitorio.

Papá llama a casa de mi abuela por primera vez esa noche. En el identificador de llamadas sale el nombre de mi padre. No lo cojo. Ninguna lo cogemos.

Mi abuela vive justo donde la ciudad acaba y la periferia empieza, en el onceavo piso de un edificio de dieciséis; no está lo suficientemente alto como para ver el cielo, pero tampoco tan bajo como para oír los ruidos de las ambulancias y de la gente volviendo a casa de fiesta.

Mi madre y yo dormimos en la misma cama que antes compartía con mi padre, cuando nos quedábamos a pasar la Navidad, porque a pesar de vivir tan sólo a 60 kilómetros de la ciudad, esa noche las carreteras se volvían peligrosas. Todos lo decían.

A pesar de tener la ventana abierta, no se mueve una pizca de aire. El ventilador es demasiado viejo y ruidoso como para tenerlo encendido toda la noche. Mi madre y yo yacemos despiertas dándonos la espalda en silencio hasta que una de nosotras se duerme. Siempre me despierto tarde por la mañana, después de que ella se haya ido a trabajar. Nunca la oigo irse.

A unos cinco kilómetros del piso están los puentes que llevan a la circunvalación donde las diferentes autopistas se entrelazan. Acaban de hacer un carril-bici y de renovar el nivel para peatones por encima. No tengo nada que hacer hasta que empiece el curso, así que me voy allí andando todas las tardes y me siento junto a las vallas, viendo cómo el cielo cambia de color de amarillo a azul claro, y luego naranja, rosa, y rojo. Los edificios, la luz: todo me sorprende como si lo viera por primera vez. Cuento los rascacielos al fondo mientras la ciudad se enfría, agotada.

Creo que todo esto es por mi culpa. Nunca discutían cuando estaba con ellos. Cuando iba a casa de una amiga y volvía para cenar, a veces me los encontraba callados y de mal humor. Era incluso peor cuando pasaba la noche fuera. Por las mañanas, cuando volvía, intentaba examinar el paisaje, midiendo los daños visibles: si mi madre sonreía al conducir, o si, por el contrario, decía más tacos que de costumbre; si me preguntaba si me lo había pasado bien o si sólo miraba al frente, sin contarme nada sobre su fin de semana. Debería haber imaginado lo que todo un año fuera provocaría, pero no lo pensé mientras rellenaba los papeles en la oficina de relaciones internacionales de la universidad. Quizás si me hubiera quedado seguirían juntos.

Quizás debería haberme quedado.

Mi madre susurra en el teléfono, y así es como sé que está hablando con él. Sé que intenta estar tranquila, pero su voz está sutilmente crispada, como cuando me regañaba de pequeña sin enfadarse, intentando hacerme entender que había hecho algo mal. Mi abuela está en la cocina haciendo la cena mientras escucha las noticias.

– Maite –mi madre se vuelve hacia mí. Inclino ligeramente mi cabeza hacia ella, pero sigo viendo la tele.– ¿Quieres hablar con tu padre?

Digo que no con la cabeza y ella suspira.

- Quiere hablar contigo. Le gustaría verte –dice. Después oigo la voz de mi padre saliendo del auricular.– No, no es que no quiera verte por mi culpa. Debe de tener sus propios motivos. ¿Y yo qué sé? –sube la voz un poco.– ¿Por qué siempre tengo yo la culpa? –se vuelve hacia mí.– Maite, por favor.

Sé que no me lo está pidiendo por favor, sino que me está dando una orden. Cojo el teléfono con desgana.

- Maite, hija... –Mi padre está al otro lado del teléfono. Su voz suena infantil, como si hubiera decrecido todos estos meses.– ¿Cuándo vas a venir a casa? Sabes que puedes quedarte conmigo. Te quiero no importa lo que tu madre y yo decidamos.

No digo nada.

Pienso, ojalá pudiera decirle algo que le hiciese daño. Ojalá pudiera decirle, ya no te necesito, nos has echado, devuélveme mis cosas y mi vida.

- Sí, papá, iré –le digo.– Ya te diré cuando. Tengo que irme, adiós. –Y cuelgo.

Mi madre suspira.

- Maite...

Pongo los ojos en blanco.

Mi madre se incorpora del sofá y se me acerca. Aparta un cojín y se sienta junto a mí con las manos entre las rodillas.

- Maite, ¿no hace demasiado calor aquí? Te pasas los días encerrada en casa y dando paseos casi por la noche haciendo dios sabe qué. Ni siquiera has visto a tus amigas, o no me lo has contado. Puede que no esté pasando por mi mejor momento, cielo, pero estoy aquí y tu padre también. ¿No quieres ir a casa a bañarte en la piscina?

me estremezco al oír la palabra “casa”, siento que se le ha escapado, que es una palabra tabú.

- ¿No quieres ir a por tus cosas y hablar con tu padre? Llevas sin verlo desde enero.

Le digo gracias, pero no, gracias, y me levanto para ir a la cocina a ayudar a mi abuela.

Salgo por primera vez ese verano, después de que mis amigas de la universidad y yo hayamos estado separadas todo este año. Estamos emocionadas; hablamos sin parar interrumpiéndonos y deteniéndonos, a trompicones, queriendo ponernos al día de lo que nos hemos perdido pero no del todo seguras de cuánto debemos contar antes de que nuestros secretos pierdan su magia. Nos reímos y nos abrazamos nerviosas y decidimos adónde ir a tomar algo.

Una vez que llegamos al bar, Lidia me pregunta si voy a esperar con ella el primer tren por la mañana. Es la que vive más cerca de mí. Vivía.

- En realidad, no –digo.
- Por favor, dime que te han dejado traer el coche –me dice, y se le iluminan los ojos.
- No. Es porque... –trago saliva. No soy capaz de decírselo y de ser la causante de que la fiesta se acabe y tengan que pasar la noche consolándome.– Hoy duermo en casa de mi abuela.
- ¡Qué suerte! ¿Podemos irnos contigo?
- Creo que a mi madre no le haría mucha gracia –me apresuro a contestar.
- Era broma, tonta. No sabes qué ganas tengo de independizarme, sobre todo después de volver del Erasmus. Estar en casa es un infierno, todo el día están diciéndome lo que tengo que hacer...
- Es insoportable, ¿verdad? –interrumpe Esther.– Que si ordena tu cuarto, que si ven a comer, que si ayuda en casa... No lo aguanto.

Lidia asiente.

Tengo ganas de llorar por primera vez desde que volví. Quizás debería contárselo. No se lo he contado a nadie. Tampoco a mis amigos del Erasmus. Cada uno está intentando readaptarse a su vida, y todos piensan que España es una especie de paraíso perpetuo de sol y playa así que yo seré la que más fácil lo tenga. Pero claro, tendré que decirles que se busquen un hostel cuando quieran venir a verme. O no...

- Bueno, ¿y qué más tienes que contarnos? ¿No habrás visto a...? –Lidia me da un codazo.
- Pensé que esta noche no íbamos a hablar de esas cosas –dice Esther.
- ¿De qué cosas? –pregunta Lidia.
- De los ex.

Decido que no voy a contárselo. Antes de que pueda contestar, Lidia me coge del brazo y me arrastra a la barra.

- Bueno, es igual, vamos a pedir.

Asiento y Esther nos sigue. En ese momento, el camarero nos informa de que hay unos chicos al final de la barra que quieren conocernos y que nos invitan a algo. A lo que queramos. Hacemos un corrillo para debatirlo.

- ¡Ni hablar! –es lo primero que suelto.
- Vamos, ¡es una aventura! –dice Lidia.
- Podría ser divertido –responde Esther, mordiéndose el labio mientras se lo piensa.
- Es la primera vez que estamos juntas desde hace mucho tiempo. ¡Vamos a divertirnos! Llevo aburrida todo el verano.
- Es mejor no pensárselo tanto –me dice Esther, y me guiña un ojo.

Los chicos se nos acercan después de que el camarero les diga que sí. Deben de ser un par de años más pequeños que nosotras. Mis amigas sueltan risitas, entusiasmadas, lo que hace que los chicos parezcan más borrachos y torpes, si eso es posible. Hay uno para cada una. El mío es un poco tímido, pero

mono. Es rubio y lleva el pelo cortado a cazuela. Me cuenta que es su segundo año en el colegio mayor y que le gusta tanto que se ha buscado un trabajillo para quedarse en verano. Tiene acento del norte.

- ¿Cómo te llamas?

Le digo:

- Astrid –como una amiga mía holandesa. Me imagino la posibilidad de inventarme toda una nueva vida con este extraño. Puedo fingir un acento.
- Eso es exótico. ¿Por qué eres exótica?

Bostezo. El ligoteo en los bares me aburre mucho. Si estás interesado en alguien, ¿no podríamos ir directamente a los puntos claves? Quién te ha hecho daño, cómo te han hecho daño, y, en una escala del 1 al 10, cuánto voy a poder confiar en ti. El aire está cargado. Hace mucho calor, estoy cansada y me quiero ir.

Mis amigas siguen divirtiéndose con los otros. Lidia me lanza una sonrisa traviesa. Esther está más cerca de mí, así que voy hacia ella, ignorando al chico con el que habla, y le digo al oído que no me encuentro bien y que voy a coger el próximo búho.

- ¿Estás segura? ¿Te acompaño a la parada?

Le digo que no, que me vendrá bien tomar el aire.

- ¿Estás segura? –repite.– El tuyo es mucho más mono. Este tiene orejas de soplillo.

Me río un poco. Sé lo que está pensando. Pongo buena cara para que convencerla de que estoy bien.

- Puedes quedártelo –le digo. Le beso la mejilla y me escabullo sin interrumpir a Lidia y sin despedirme de mi conquista.

El aire en la calle no es mucho más fresco que el de dentro, pero me siento mejor al no estar encerrada. Camino hacia la parada de autobús en Cibeles evitando vomitonas y borrachos adolescentes, pero a medio camino giro a la izquierda y acabo en su casa. Me sé el camino de memoria.

Espero que todavía siga viviendo allí, en su apartamento de veinte metros cuadrados de Malasaña lleno de trastos inútiles. Le encantaba, y a mí también. No tenía ventiladores ni aire acondicionado. Las paredes eran como de papel, así que hacía calor en verano y frío en invierno.

Llamo al telefonillo. Es la una de la mañana, así que o ha salido, o está durmiendo. Llamo otra vez, de todas formas, esperando. Contesta y me abre, sorprendido de oír mi voz.

No me hace muchas preguntas, que es algo que no me gustaba cuando estábamos juntos, pero que ahora me viene bien.

- Me alegro de verte, mi pequeña aventurera –me abraza y me alza en brazos. Lleva ropa de calle.
- ¿Te pilló en buen momento? Había salido con mis amigas, pero estaban cansadas y querían irse pronto a casa, así que...
- Así que querías seguir con la fiesta –se sonríe.

El piso está desordenado, como siempre. El suelo está lleno de ropa y libros, tanto que no se puede distinguir si es de tarima o de baldosas.

- ¿Y tú? –le pregunto.
- Acabo de tomar unas birras con unos amigos y me he venido a casa. Algunos tenemos que trabajar mañana, sabes, –me da un codazo.

Vamos a la cocina, abre una lata de cerveza, le da un trago largo y me la ofrece. Le doy un sorbo.

No es que necesitara el sexo, pero así son las cosas. En su cama, oyendo los gritos de la gente en la calle, el universo me parece tranquilo y silencioso por fin desde hace mucho tiempo. Si me quedo, no tendré que ver a mi madre, o pensar en mi padre, o en donde quiero vivir y cuándo debería ir a recoger mis cosas.

- ¿Puedo preguntarte algo? Si no te parece muy raro –me dice.
- Dime –ya está. Va a preguntarme si he estado viéndome con alguien, o va a contarme que él ha estado viéndose con alguien y si me importa, o si quiero volver con él y si deberíamos. Ahora mismo soy incapaz de contestar nada. La cabeza me va a explotar.
- ¿Cómo están tus padres?

La pregunta me pilla por sorpresa. Tengo la cabeza apoyada en su brazo, así que no puede verme la cara. Pienso: Divorciados, con D mayúscula, pero no me atrevo a decirlo. De repente, siento mucha vergüenza sólo de pensarlo.

- Están bien.
- ¿Siguen viviendo en el campo? –suelta una risa socarrona.
- Siguen –digo, y trato de reírme también.
- ¿Entonces tienes que volverte en taxi?

Me decido a contárselo.

- En realidad no están bien. Se han separado.
- Vaya, Maite... Joder, lo siento.
- No pasa nada.
- ¿Y con quién estás viviendo?
- Con mi madre. En casa de mi abuela. Mi

Estoy empezando a quedarme dormida cuando me dice:

- La verdad es que me alegro mucho de verte, pero tengo que madrugar mañana, así que...
- ¿Quieres que me vaya? –estoy alucinada y muerta de vergüenza, pero intento que no se me note.

- ¿Te importa? –ladea la cabeza como pidiendo disculpas, pero le conozco demasiado bien. Ya no estamos saliendo; no tiene que portarse como un novio.
- No, claro, no pasa nada –recojo mis cosas mirando al suelo, demasiado avergonzada para mirarle.

Me acompaña hasta la puerta y me da un beso en la mejilla.

- Siento mucho lo de tus padres –dice.
- No te preocupes.
- Se arreglará.
- No creo.
- Quizás sea mejor así. Siempre decías que no se llevaban bien.

Esa no es la cuestión, quiero decir.

- Eran, son muy distintos –como nosotros, pienso. Quizás él esté pensando lo mismo.

Se encoge de hombros.

- Nos vemos –dice.

No sé lo que eso significa. Creo que no voy a volver.

Las calles ya están vacías. Sólo se escucha el ruido de las ambulancias y de los coches de policía. Tengo que esperar en la parada del autobús durante veinte minutos junto a un chico que parece estar a punto de vomitar en cualquier momento. El calor no se dispersa ni de madrugada.

Cuando vuelvo, son casi las seis de la mañana. Oigo música la radio de mi abuela saliendo de su habitación. No sé si duerme. Mi madre está tumbada en el suelo de baldosas de la habitación de invitados junto a la cama, dormida en ropa interior. Los primeros rayos de luz iluminan su cuerpo, pálido y diminuto, sus brazos haciéndole de almohada. Quiero darme una ducha, pero estoy demasiado cansada, así que me acurruco en la cama sin deshacerla. Mi madre se despierta mientras me desvisto y aparta el edredón. Me pregunto si puede ver mi cara desarreglada, como un puzzle que ha sido hecho de cualquier manera sin fijarse en la ilustración de la caja, o si puede notar que huelo a otra persona. A sexo.

- Mamá, ven a la cama.
- Hmmmm –se sube despacio.
-

Después, cuando está tumbada junto a mí, me dice:

- Cariño.
- ¿Sí?
- ¿Te gusta alguien?

Me doy la vuelta. Pienso en decirle: acabo de ser una maleducada con un chico que he conocido en un bar y después he ido y me he acostado con mi exnovio. ¿Te

acuerdas, ese que te caía tan mal? Quizás en otro momento se lo habría dicho. Pero en vez de eso digo:

- No. Voy a ser soltera para siempre.
- ¿Es una ironía? –pregunta. Puedo verla sonreír por el rabillo del ojo.
- No, es el karma –digo.
- Hace demasiado calor para el karma –bufa, medio riéndose.

Conseguimos dormirnos cuando ya es de día.

En verano, el transporte público de Madrid huele a sudado. Bebo de un trago una taza de café quemado mareada por el olor a fritanga y corro hacia el andén. Me subo al tren. Me tiemblan las manos y mi estómago ruge durante el trayecto de una hora. Cuando el tren se introduce en la profundidad de las montañas, el calor parece disiparse y el cielo se llena de nubes.

Cuando me bajo, el andén está sumido en una niebla muy espesa. Unos parroquianos están sentados en un banco de la estación, aunque el quisco está cerrado. Me mira. Tengo un escalofrío. Hace demasiado frío para la camiseta de tirantes que llevo. Se me taponan los oídos por el cambio de altura.

Había odiado ese pueblo desde que había empezado a ir a la ciudad yo sola a los catorce años, yendo un poco más lejos cada vez que iba, hasta que finalmente me fui del país. Había odiado ese pueblo en el aburrimiento de mi adolescencia. Una vez llevé a mi ex allí, hace dos veranos, aprovechando que mis padres se fueron de viaje de fin de semana, y él, como buen chico de ciudad, esperaba que el lugar cumpliera con su idea de lo rural. Se pasó todo el fin de semana haciendo bromas sobre pueblerinos y cabras, hasta el punto en que me vi obligado a defenderlo, a pesar de que en mi fuero interno pensaba igual que él. El hogar sólo puede ser criticado por quien pertenece a él. En cierto modo, sentía que también se estaba metiendo conmigo, que no era lo suficientemente buena para él por el mero hecho de ser de allí.

Ese era mi hogar. Por mucho que lo negase, o precisamente por eso mismo, yo procedía de allí.

Bajo hacia el centro por un camino de gravilla. La niebla está tan alta que apenas puedo ver la casa hasta que la tengo delante de mí. La verja de hierro forjado está medio abierta y chirría cuando la cierro. Veo el columpio donde solía jugar con mis padres cuando era pequeña. La mesa de madera y la barbacoa para los picnics veraniegos. Estoy en casa.

Todo sigue igual, pero no. La hierba está un poco más alta de lo que debería y amarillea en zonas. El rosal de mi madre está marchito, y un montón de cerezas se pudren bajo los árboles frutales porque no las han recogido. Camino hacia la puerta aplastando un manto de hojas secas con mis pasos. Tengo la llave en el bolsillo. De repente pesa muchísimo. Me acerco más despacio y llamo al timbre, pero nadie contesta. Me pregunto si me he equivocado y llamo otra vez pero obtengo la misma respuesta. Reconozco el azulejo desconchado junto al timbre, con el número de la casa. No le he avisado de que iba a venir, pero en mi inconsciente pensaba que iba a estar aquí. ¿Dónde si no? La niebla me empaña los ojos. Parece que va a llover. El tiempo en este lugar siempre es impredecible; hay que estar preparado. A lo lejos se escucha un trueno y un rayo corta la niebla a través de las montañas. Es el fin del verano.

Me siento en la mesa de picnic, balanceando las piernas adelante y atrás, hasta que alguien me recoja y me lleve a casa. Tengo todo el tiempo del mundo.

Perfil de la autora: Laura de la Parra Fernández es escritora e investigadora predoctoral en la Universidad Complutense de Madrid. Es graduada en Estudios Ingleses por la Universidad Complutense y Máster en Escritura Creativa por la Universidad de Edimburgo. Es autora de la novella *Lila* (Ediciones Oblicuas, 2011) y del poemario *Animal de huida* (Ediciones Oblicuas, 2013), y su trabajo ha aparecido en varias antologías y revistas. Ha sido becaria de excelencia del grupo de investigación LEETHI, becaria de colaboración del departamento de Literatura Inglesa de la UCM, columnista de Tribuna de Ávila y dirigió y coordinó el recital de jóvenes autores abulenses "Sombras en el adarve". Coordina junto a María Sánchez las antologías digitales [Ciudades esqueleto](#) y [Animalario](#). Mantiene un [blog](#). Su investigación se centra en género y psiquiatría en la literatura Norteamericana del siglo XX.

Contacto: <lauradelaparraf@gmail.com>

Bioprofile of the autor: Laura de la Parra Fernández is a writer and a PhD candidate at the Complutense University. She holds a BA in English from the Complutense University and an MSc with Distinction in Creative Writing from the University of Edinburgh. She's the author of the novella *Lila* (Ediciones Oblicuas, 2011) and the poetry collection *Animal de huida* (Ediciones Oblicuas, 2013), and her work has appeared in different anthologies and magazines. She has held two Excellence Grants in the LEETHI research Group, has been an intern at the English Literature department at UCM, a columnist at Tribuna de Ávila, and she directed and coordinated the public reading by young authors from Ávila "Sombras en el adarve". She writes a column in Tribuna Ávila and coordinates along with María Sánchez the digital anthologies [Ciudades esqueleto](#) and [Animalario](#). She keeps a [blog](#). Her research focuses on gender and psychiatry.

Contact: <lauradelaparraf@gmail.com>